

MIGUEL DE VALENCIA

GLOSAS DE LA CULTURA ACTUAL

SE HA DICHO que las grandes obras literarias no las escribe el pueblo. Con esto ha querido afirmarse que detrás de las creaciones anónimas hay siempre un escritor de alcurnia. Sin duda, tal aseveración es cierta, aunque sea necesario someterla a severas revisiones.

El idioma del pueblo, ese mecanismo expresivo que los filólogos llaman "lenguaje hablado", en oposición al "lenguaje escrito", es anónimo, mejor dicho, ha brotado por obra y gracia de muchas circunstancias, como trabajo y acarreo de diversas capas espirituales. Lo cierto es que, en un país cualquiera hay, por lo menos, esas dos vertientes expresivas. De un lado, el lenguaje hablado, sencillo, llano, de natural alumbramiento. Y de otro, la forma literaria, el lenguaje creado, limado, enriquecido de figuras literarias y de metáforas de muy diverso cuño. Con frecuencia, entre ambos, se dibuja un abismo. A veces, el ansia de complicar el lenguaje ha llevado al individuo hasta los umbrales y dominios del barroquismo, del que fueron ejemplos magníficos Góngora, Quevedo y Gracián.

Ahora bien, el lenguaje hablado tiene su mérito y sus dificultades. Algunos escritores lo han cultivado con señorío. Y de una aparente sencillez han hecho una muy sutil complicación. Los escritores costumbristas manejan ese lenguaje con mucho conocimiento de sus claves y posibilidades. En América, los indigenistas y criollistas nos han brindado novelas, cuentos y artículos periodísticos, pensados y realizados con los simples elementos de una forma expresiva de sin igual encanto. Lo interesante es saber manejar sus ingredientes, usar el lenguaje del pueblo con naturalidad, con esa frescura ingenua, propia del hombre de la calle, ciudadana y de los campos.

El lenguaje hablado es directo. Sigue una línea segura, no usa los ligamentos idiomáticos, que suelen dar rigidez. Utiliza la yuxtaposición, tal como

hace el niño cuando inicia sus primeros pasos por los dominios del habla. El escritor de raigambre popular no usa de las oraciones subordinadas, más bien establece fáciles coordinaciones. Las metáforas surgen de manera natural, como ingenuas comparaciones, con los soportes fáciles, visibles, sin que sea necesario recurrir a interpretaciones.

El criollismo, tan zarandeado por algunos escritores actuales, si otro mérito no tuviese, podría exhibir esa tendencia a cultivar el lenguaje hablado. Difícil ejercicio literario, pues nada más comprometido que recrear una modalidad expresiva, que rebulle en algunas sensibilidades. Su esfuerzo es parecido al de aquellos escritores que escriben "memorias", usando un lenguaje auténticamente infantil.

* * *

Se repite, desde antaño, que la Filosofía es la búsqueda de la sabiduría, del conocimiento. Tal vez, haya tantas filosofías como hombres existen en la faz del ancho mundo. Ahora bien, la Filosofía comienza cuando el hombre se pregunta por el origen del mundo. En las tradiciones, en los mitos y en innumerables leyendas rebullen muy diversas concepciones filosóficas. En nuestros días, algunos problemas de tipo filosófico se van entregando a la ciencia, quien sabe si para resolverse definitivamente.

Entre esas filosofías más antiguas están la India y la China. La primera es de vuelo poético, estrictamente metafórico. La segunda muestra tendencias prácticas, de aplicación a la vida de los mortales. Ello explica la constante revisión que se hace de algunos de sus más caros principios. Y en nuestros días se publican nuevas historias de la filosofía china. Los autores buscan posibles entronques del pensar chino con nuestros problemas actuales.

He ahí que entre los pensadores chinos hubo nombres de gran alcurnia espiritual. Tales como, por ejemplo, Confucio, Laotsé y Miti. Cada uno de ellos nos ha legado una especie de código vital. Diríase que su mensaje está vivo, que tiene aplicación en nuestra época. Así es la fuerza de proyección de las grandes ideas rectoras.

Confucio habló al corazón de su pueblo, diciéndole que es necesario ser bueno con los buenos, y también justo con los malos.

Laotsé fue el místico de la China. Escribió una interesante colección de aforismos, ricos en significados morales. Aconsejaba las obras justas, sin buscar finalidades ni intereses. Argumentaba, con ejemplos, que la paciencia y el amor son las fuerzas invencibles de la vida. Quería la sencillez de alma para lo suyos.

Miti ha sido el apóstol del amor universal. Sus ideas rebasaban los planos estrictamente individuales, para diluirse en el grupo, en la sociedad de los hombres. Miti sabía que los hombres sólo cuentan, cuando viven en sociedad. Se anticipó en muchos siglos a las ideas de nuestros mejores moralistas.

La filosofía china se engarza perfectamente con las actuales filosofías, porque los pensadores chinos no eran teólogos, sino estadistas, educadores del pueblo, consejeros de reyes. De ahí sus ideas esencialmente prácticas.

En más de una oportunidad aquellos sabios le dijeron a su pueblo: "El hombre, con sus propias fuerzas, puede recorrer el camino de su destino".

Supieron insuflar energías, buscaron el más allá, sin perder de vista la tierra en que vivían, el lugar en donde sus plantas dejaban marcadas fuertes huellas.



El poeta Juan Florit nació en Mallorca, "alguna vez". El mar lo trajo hasta tierras de América. El sol y el viento, los aromas y la savia terrícola de Chile hicieron reverdecer sus lauros poéticos. Y Florit, enamorado del mar, clásico y modernista, nos habló del capitán Peter, de la más erguida de las torres francesas, de Percy Baltimore, de una lluvia escondida, de la mágica redoma y de las nubes que vuelan de jarcia en jarcia, para decirles su canción a los marineros fantasmas.

Las colecciones "Hacia", que dirige el eximio poeta Andrés Sabella, han dejado revolar desde Antofagasta una bella selección de los poemas de Florit. Es un homenaje y una valoración estética. Un menester de lógica poética, porque los creadores de belleza escriben sus mensajes, con la ilusión de verlos florecer en otras sensibilidades.

Florit es clásico por la concepción equilibrada y armónica de sus trinos. Llega hasta los umbrales del modernismo, acuñando metáforas que van más allá de cierta lógica de fácil curso. Dejóse influir por los arabescos tipográficos de Vicente Huidobro, quiso bucear en las posibilidades de una moda, de una casi escuela que bien pudo llamarse "creacionismo". Y con frecuencia, entre sus balanceos poemáticos, diríase que escuchamos la voz y la postura poética de García Lorca. Pero todos estos elementos, no dispersos, sino amalgamados dan a la poesía de Florit un sello personal, intransferible. Uno de sus más bellos poemas, inserto en esta colección de "Hacia" se titula *Presencia del aroma*. Tocado por la gracia de una presencia arbórea, nos dice el poeta:

"Exhibes
en la vitrina de las ramas
la fantasmagoría efímera de tu oro".

Después, el impacto concreto se vuelca hacia la nostalgia. Porque el vate confiesa que no hubo en su infancia esa gracia de los globos amarillos. Una pincelada mortuoria. El recuerdo de una madre. Y la coronación de matizaciones románticas, sensitivas:

"Un buho romántico
enciende el color de sus ojos,
en las pequeñas joyas de tus flores"

Bella labor la de Andrés Sabella, dispuesto a divulgar los auténticos valores, en una tierra de poetas. La poesía vive de honra. Y las voces poéticas resuenan en las honduras. Y las voces poéticas resuenan en las honduras de nuestra sensibilidad. Hasta las palabras que Florit dice en su soledad tienen la virtud de no perderse, de resonar en algunas fibras cordiales. Que tal es el oficio y menester de los poetas.

• • •

Desde que el hombre primitivo tuvo la suficiente sensibilidad para soñar en los muertos, el tema del Más Allá se convirtió en el gran problema de la metafísica existencial. Y desde entonces, las disquisiciones en torno de la Muerte se plasman en obras, que van colmando los anaqueles de innumerables bibliotecas.

Muy cerca de nosotros, algunos filósofos han insinuado que hay en los hombres una espiritualidad autónoma, que sustenta las manifestaciones de la persona. Ahora bien, esa autonomía de lo espiritual quiere demostrar, hasta donde es posible, la realidad de la supervivencia. Nadie ha vuelto de la muerte para decirnos si el morir es como caer la hoja que se pudre, o como la semilla que renace. Desde los albores de la filosofía hasta nuestros días, varios pensadores han dicho que una realidad enterrada y muerta es como el grano de trigo que germina para hacerse eterno. He ahí la resonancia, todavía actual, del más bello de los misterios griegos, surgido en la ciudad griega de Eleusis.

Sabido es que en las ciudades griegas del Atica, al N. O. de Atenas,

Deméter, diosa de la Tierra y de la fecundidad, fue objeto de un culto muy especial. El rasgo predominante de este misterio, que se hizo célebre en el mundo entero, consistía en afirmar la felicidad para las almas después de la muerte de los individuos.

No se conocen muchos detalles del misterio en sí, pero ha subsistido en la memoria de los hombres su íntima proyección espiritual, un mensaje y unos problemas metafísicos que habrían de hacer la preocupación e infelicidad de muchos filósofos.

Deméter busca a su hija, raptada por Plutón, rey del mundo subterráneo. Zeus interviene ante él, y se llega al acuerdo siguiente: Perséfone, hija raptada de Deméter, pasará todos los años una época junto a su madre, y esa época será la de fecundidad para la Tierra; mas, durante el invierno, Perséfone habitará con su marido, siendo el período de letargo terrícola.

Con razón se ha dicho que de esa ingenua creación nacerá, en su desarrollo, la creación filosófica más duradera de Grecia. Porque, bien pronto, ese misterio habrá de recamarse con una significación simbólica.

El trigo, uno de los alimentos básicos, se convierte en la representación de la humanidad. Y su transformación material significa la espiritualidad del alma. En virtud de un juego metafórico, esta imagen se incrusta en la entraña misma del cristianismo. De ahí surgen las ideas de supervivencia y muerte.

Tratemos de glosar tan complejo juego metafórico. Si la semilla no muere, es estéril, se condena. Si muere, se multiplica y adquiere nueva vida en la espiga. Asimismo, el hombre, imagen del grano de trigo, si no muere para la vida inmediata y corporal, no florecerá en una vida posterior, es decir, en el vivir espiritual.

Más tarde, Platón, uno de los más certeros sagitarios de la filosofía, recogerá esas enseñanzas primitivas, llevándolas hasta límites nunca previstos. Y en el fluir de los tiempos florecerán los místicos, las mujeres y los hombres que viven desviviéndose, que viven muriendo.

En los albores del siglo XIV, plurales corrientes filosóficas hacen mella en el cerebro y en la sensibilidad de Johanes van Rusbroeck, prior de un convento de agustinos, allá en Flandes, su tierra natal. Este hombre, que acepta la muerte con la simbología del grano de trigo, nos dirá que hay un camino para que el alma no muera. Proyectarla por tres amplias zonas, discurrir con paso lento por siete etapas. Entonces, sólo entonces, la vida renace para gozar la inefable presencia de Dios.

Santa Teresa de Jesús, con su voz tan personal, nos recordará estos pro-

digios. Cuando los místicos españoles glosan los conceptos del "muero, porque no muero" están recogiendo los ecos del bello misterio de Eleusis, intentan la más soberbia de las hazañas de los hombres, algo así como saltar más allá de su propia e inexorable sombra. Tal vez, así habrá de ser siempre, porque no en vano la filosofía va de camino, busca la verdad. En nuestros días, se prodigan los libros en torno al sentido de la muerte. He ahí que el Misterio de Eleusis, diluido en todas las plasmaciones culturales, incita al murmullo de sus caprichosas esfinges.

El misterio griego, ampliado por la concepción platónica, reelaborado por la mente genial de Plotino, llega hasta nuestras formas vitales, se expande por todas las latitudes, como elemento estético de natural y fácil curso.